

Notable intermediario

Si uno no conociera la procedencia alemana de Rainer Krause, sería natural tomarlo como un artista chileno, de esos que uno desearía que surjan en estos tiempos de vacuidad estética y desorientación valórica. Porque Krause, quien reside en Peñalolén desde hace 11 años, sabe situarse en el centro de algunas de nuestras más hondas dicotomías nacionales y hacernos conscientes de ellas, con medios plásticos.

En ese sentido, Krause cumple un saludable papel de acercador o intermediario. Asignar ese rol al artista pareciera rebajar el exaltado sitio en que lo ha colocado la cultura occidental. Sin embargo, esa función aparentemente modesta es, a la vez, insustituible y fecunda. Así lo entendía Paul Klee, para quien el artista ocupa un lugar sencillo, como el del tronco del árbol, que recibe estímulos de las profundidades y nos los transmite, reveladoramente transformados en follaje.

En el caso de Rainer Krause, su función de intermediación más evidente es entre la marginalidad y el mundo del arte. Tiempo después de radicarse en Peñalolén, Krause sintió la urgencia de abandonar los materiales artísticos nobles que usaba hasta entonces y que lo distanciaban de la realidad de su entorno. En cambio, comenzó a usar elementos que son casi como el alfabeto visual de la marginalidad económica y social: pintura de pizarrón, cartón corrugado, lata de zinc, madera y palos, cordeles, tierra.

En su actual exposición en la Casa Colorada se puede advertir hasta qué punto Rainer Krause es capaz de recrear la visualidad esencial de la marginalidad urbana chilena. Sus relieves, dibujos y maquetas funcionan como arquetipo de una casa de población, de la población en su conjunto, de los planos o mapas de ambos y de la imagen mental que nos hacemos de todo ello.

Como ya destacaba un crítico, Krause cumple un papel de mediación entre lo marginal y el mundo institucional de la plástica. (...) Pero los acercamientos y mediaciones que hace posible el arte de Rainer Krause van más lejos. Su genuino interés por la realidad de la marginalidad y la pobreza nos conecta con un pasado no tan distante -aunque en estos tiempos de estética ensimismada y banal parece insondablemente lejano-, cuando se esperaba que las mejores expresiones del espíritu se centraran en lo que importa de veras. No se trata de reeditar modalidades crudas de arte comprometido. Krause es sin duda una persona de sentidas convicciones éticas y políticas, pero sabe bien que su reflexión artística debe apuntar a lo universal a través de lo particular y que sus medios de expresión son visuales. Y aquí radica una dimensión más de la tarea de intermediario de este notable artista: su exploración de distintos materiales y su sabio aprovechamiento del legado plástico contemporáneo ya muestra los comienzos de una posible síntesis de lenguajes artísticos, que aúne vertientes doctas y nuevas formas de visualidad popular.

José Zalaquett

Que Pasa, Santiago de Chile, 26-9-1998